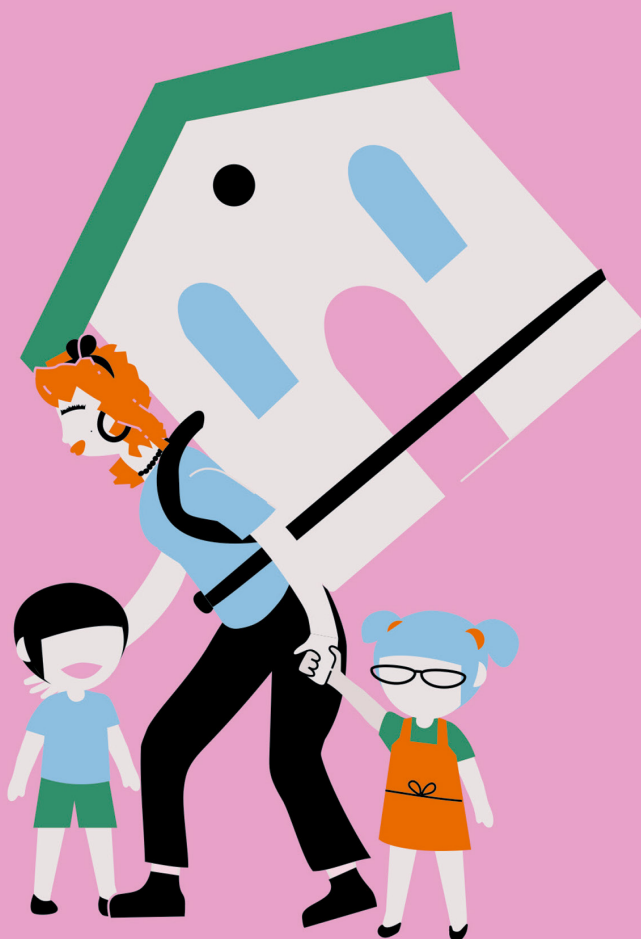


MATERNIDAD: ¿DESEO O MANDATO?

Arrepentidas, estafadas
y el deseo de no ser madres



LALA PASQUINELLI

@mujeresquenofuerontapa

MATERNIDAD: ¿DESEO O MANDATO?

**Arrepentidas, estafadas
y el deseo de no ser madres**

LALA PASQUINELLI

@mujeresquenofuerontapa

INTRODUCCIÓN

Cuando en 2019 decidimos, desde Mujeres Que No Fueron Tapa (MQNFT),¹ abrir por primera vez la pregunta y la conversación sobre el arrepentimiento en la maternidad, nos encontramos con una enorme avalancha de historias y el alivio de muchas mujeres que empezaban a entender que no estaban locas, que no eran malas ni un error de la naturaleza, que eso que ellas sentían y venían sintiendo por años en silencio, con culpa y con vergüenza, era algo que también sentían otras mujeres iguales a ellas.

También se daban cuenta de que no eran pocas, que no estaban solas y que las raíces y causas de esas emociones se encontraban afuera, en un sistema que nos llena de expectativas, nos empuja a la maternidad, nos explota y después nos castiga por ser madres.

Podían entender que el motor de ese arrepentimiento, de la sensación de estafa, estaba en el ideal de maternidad rosa, en el modelo de maternidad intensiva e individual, en

1. Mujeres Que No Fueron Tapa es una organización feminista que fundé en 2015 en la que nos dedicamos a trabajar para desnaturalizar los mandatos y estereotipos de género.



la fantasía de realización y felicidad en el rol materno, en las mentiras sobre lo que es y debe ser la maternidad.

En 2022, en el marco de la campaña Hermana Soltá el Reloj, sobre el paso y el uso del tiempo en la vida de las mujeres, hicimos una encuesta sobre maternidad, no maternidad y arrepentimiento en la que participaron casi once mil mujeres, de la que surgió que el 75% de las que eran madres se arrepentía en algún sentido de serlo y solo el 4% de las que no habían sido madres se arrepentía de no haberlo sido. Ahí empezaron a llegar también las historias de las que habían decidido no ser madres, de las presiones, de cómo fue el proceso para tomar la decisión, de sus otros deseos y cómo era vivir una vida sin descendencia.

En 2024 volvimos a abrir la conversación sobre la no maternidad por deseo y decisión. Este libro es el producto de esas conversaciones y de otras afines que venimos sosteniendo desde MQNFT a lo largo de estos diez años con miles de mujeres en los espacios virtuales y presenciales.

Está dedicado a las que se sienten falladas, insuficientes, arrasadas; a las avergonzadas, a las arrepentidas y a las estafadas por la maternidad con el deseo de que encuentren alivio y herramientas en estas páginas.

También está dedicado a todas las que decidieron no ser madres y a las que dudan, deseando que puedan verse reflejadas y abrazadas, y finalmente, es para todas aquellas que, aun estando contentas y felices con sus maternidades, desean comprender estos otros mundos.

En este libro vas a encontrar las historias que no se cuentan en ningún lado, que se silencian y ocultan, pero que es necesario traer a la luz porque conocerlas nos alivia, nos enriquece y nos mejora la vida. En cada capítulo, además de los

testimonios que compartimos, hay un código QR para que puedas leer muchos otros.

Está dividido en cuatro partes. La primera, dedicada a entender cómo se produce culturalmente el deseo materno, el arrepentimiento y la estafa en la maternidad; la segunda, al deseo de no ser madres; la tercera, a entender de dónde vienen las presiones y quiénes y cómo se benefician con nuestro sacrificio, y la cuarta, a la revolución en los cuidados.

No es un libro autobiográfico. Está escrito con retazos de conversaciones y reflexiones colectivas, plagado de voces e historias que nos permiten sostener esa práctica legendaria de los feminismos que es convertir lo personal en político.

Lo escribimos porque sentimos que estamos viviendo un tiempo en el que todo lo vivo está en peligro y consideramos que es urgente ampliar el universo de preguntas sobre el cuidado, profundizar los gestos de nuestra revolución sensible y afectiva, y radicalizarnos en las tareas de cuidar y proteger lo vivo en el planeta.

Lo hacemos para nombrar lo que no se nombra, y lo que no quieren que nombremos, para que haya menos sufrimiento para todas las partes involucradas en la maternidad, incluidas las infancias, sobre todo las infancias, para que la información circule, para que el deseo de no ser madres pueda tener algún día la jerarquía del deseo materno, para que la maternidad se convierta realmente en una elección y deje de ser un castigo “elegido” para millones de mujeres en este país y en el mundo entero.

Capítulo 1

DE LA OBLIGACIÓN AL DESEO

¿Te sentiste presionada para ser madre? ¿Por quiénes?

Nunca sentí que alguien me presionara. Peor que eso: jamás me cuestioné el tema, tenía "incorporado" que iba a ser madre. Me parece tremendo, como si no hubiera opción. (55 años, a los 26 tuve a mi 3er hijo).



Hoy me pasó algo que me hizo acordar de este instagram, iba en el remis que me lleva a trabajar los viernes y no me acuerdo cómo salió el tema, pero el remisero se sorprendió de que yo no quiero tener hijos, empezó todo un monólogo de que no diga eso, que ya me iba a dar ganas, que más adelante iba a morir de ganas de ser mamá (se ve que me conoce más que yo jaja) y que si uno no tiene hijos para que vive (???? Mi cara cuando dijo eso) y que si no tenía hijos, a quién le iba a heredar y quién iba a continuar el legado de mi familia, que tener hijos es lo más importante básicamente, no hubo manera de hacerle entender que es decisión de uno tener hijos o no, y que es una opción más de vida.



Dejé a mi ginecóloga porque cada visita me preguntaba que para cuándo me iba a embarazar, que estaba en edad ideal y que más vieja no iba a poder. Da rabia, yo no iba a consulta por deseos de embarazarme, solo

Lala Pasquinelli

consulta anual de rutina, ella sabía que yo no quería ser madre, que no tenía ni pareja y me hartó con la misma pregunta de siempre.



Me rompe mucho los ovarios el típico “cuando seas mamá”, “cuando tengas un hijo”. Basta por dios! Ese mandato de que todos queremos ser mapadres.



Hasta el médico me preguntó por qué por mi edad ya no tenía mínimo un hijo. Lo que no entiende la sociedad es que no odiamos a los niños. Tenemos mil razones para no querer matenar.



MÁS TESTIMONIOS

Jugar a la mamá

Me animo a afirmar que la presión para que seamos madres comienza desde antes de nuestro nacimiento, está latente desde el momento en que se conoce el sexo con el que vamos a nacer y se materializa en el instante en el que te regalan el primer bebé como juguete. Hay miles de modelos de bebés para cuidar, cada vez más hiperrealistas: vienen con mami, ropa, pañales, carrito y cuna de colecho. Hoy se vende el bebé burbuja, un muñeco de silicona que simula flotar en líquido amniótico adentro de la bolsa del útero, que se debe romper en un recipiente para que el bebé nazca. Trae como

accesorio un centímetro para medirlo, una toallita para secarlo y un certificado de nacimiento para completar. Todo en color rosa, porque es un juguete para niñas.

No es inocente ni casual que estén destinados exclusivamente a ellas, a quienes se les regalan muñecas que o bien sirven para establecer parámetros corporales y de belleza imposibles que las hacen sentir inadecuadas desde pequeñas o bebés que sirven para cuidar, jugar a la mamá y desplegar en el ámbito doméstico, mientras los varones reciben camiones, pelotas, espadas, juegos que involucran el desplazamiento y la ocupación del espacio, la competencia y la violencia, y, por más que haya casos en los que las familias intentan que sus hijos jueguen con bebetes, a poco de comenzar la escolarización van a ser empujados a comportarse como buenos varones, es decir, a desentenderse de los cuidados e interiorizarse en “cosas de varones”: competir, ser fuertes, disponer de la violencia.

Como dice Marcela Lagarde, “a través del juego la niña aprende a ser madre, aplica los conocimientos adquiridos directamente en su persona y los que elabora al observar a su madre en relación con los otros”.¹

Pero no solo se trata de juguetes en el mundo de la materia; en el mundo virtual, las nenas también usan juegos de embarazo y maternidad, donde las diferentes princesas de Disney están embarazadas y las niñas pueden elegir el derrotero de ese embarazo: ¿tendrá mellizos Rapunzel? ¿Dará a luz por parto natural o por cesárea?

El aborto no aparece como desenlace posible: no se puede jugar a no ser madre. Las niñas juegan a la mamá y a la fami-

1. Marcela Lagarde y de los Ríos, *Los cautiverios de las mujeres*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 399.

lia, y las que no juegan, muchas veces cuidan de verdad, tanto a las personas más pequeñas como a las mayores.

Todas somos educadas en el ideal materno y se nos va inoculando gota a gota el futuro deseo de ser madres. No importa si después lo encarnamos o no: esa educación la recibimos igual.

La maternidad como destino está siempre en el aire de las mujeres. En la escuela primaria jugábamos a vaticinar la cantidad de hijas que íbamos a tener cuando fuéramos mayores. Y fantaseábamos con casarnos con fulanito y tener x cantidad de descendientes con ese niño de 8 años que, obviamente, no pensaba en novias ni en ser padre.

La educación que recibimos varones y mujeres en este campo es muy diferente, aunque vayamos a las mismas escuelas, recibamos los mismos contenidos y nos eduquen las mismas madres y padres. Aprendemos cuál es nuestro rol en el mundo mirando los roles que cumplen las mujeres y los varones que están a nuestro alrededor.

En la cultura, y en nuestras casas, vamos a ver a las mujeres maternando, cuidando esforzadamente a sus familias, corriendo de acá para allá atrás de los quehaceres domésticos cuando llegan de trabajar fuera del hogar, sosteniendo a sus parejas y familiares; las vamos a ver cansadas, las vamos a escuchar quejarse y funcionar como seres para otros sin que eso tenga ninguna valoración social.

A los varones se los educa casi de modo opuesto: verán a sus pares de género ser objetos de esos cuidados, recibirlos, exigirlos, reclamarlos y, al mismo tiempo, ser el centro de sus propias vidas. Por eso, mientras nosotras perdemos valiosas horas de la infancia con el jueguito de adivinar la cantidad de criaturas que tendremos con Martincito, Martincito está

experimentando el mundo, compitiendo con sus amiguitos, ocupando el patio de la escuela, descubriendo cuáles son sus intereses. Mientras nosotras somos educadas para cuidar y maternar, los varones son educados para ser ellos mismos.

En la adolescencia ya nos imaginábamos los rasgos de la descendencia que vamos a tener con nuestro noviecito. Hoy las adolescentes lo hacen gracias a la Inteligencia Artificial: subiendo una foto propia y otra del chico que les gusta a la app, generan la imagen del bebé con el que fantasean.²

Jugamos a la mamá, jugamos con bebotes y esa es la idea que nos vamos haciendo de la vida de las mujeres, una vida que ronda en torno a la maternidad, a tener un bebé, a cuidar bebés.

En esa etapa en la que se fantasea con cuántos seres humanos aterrizaremos en el mundo, la conversación acerca de no tener hijas no encontraba ningún espacio, aunque hayamos acompañado a compañeras queridas a hacerse abortos clandestinos en el secundario. La que abortaba era la imagen del error, de lo que está mal, era la rota, la incorrecta, la no mujer.

La maternidad se presenta como consecuencia natural del género, como expresión de lo femenino ideal; entonces, se vive automáticamente, sin que hagamos un proceso reflexivo consciente que nos permita identificar y expresar los motivos que nos llevan a tomar la decisión de tener descendencia. No hace falta ese proceso porque la maternidad es “lo que sigue”, lo que nos convierte en mujeres hechas y derechas: ahí no hay nada para pensar.

2. Algunas apps disponibles en Google Play son BabyMaker (predice la cara del bebé) y Future Baby Generator (una aplicación que crea bebés).

Aprendemos jugando, porque el juego es un dispositivo para normalizar y enraizar los roles de género, pero el problema es que la maternidad no es un juego.

La maternidad como identidad

El ideal femenino exige maternidad: sin maternidad no hay feminidad. Sin maternidad ni llegamos a ser mujeres. Por eso cada una hará el esfuerzo y será empujada a encajar y convertirse en madre en nombre de la naturaleza y la normalidad.

Es decir, esas expectativas sociales de las que venimos hablando se traducen en creencias individuales. Como la sociedad espera que seamos madres, recibimos una educación para serlo y lo internalizamos como lo que debe ser y como lo “normal”. Crecemos pensando que nuestro destino natural es la maternidad, que cuando lleguemos ahí habremos descubierto el sentido de la vida y la felicidad.

Así se configura la idea de Mujer = Madre, que elimina el Mujer = Sujeta productiva/creativa, sujeta de poder, sujeta histórica, como lo define Ana María Fernández en *La mujer de la ilusión*.³

La maternidad abarca por completo a la mujer, porque la idea que se construye socialmente no es que para ser madre se necesita ser mujer, sino que para ser mujer se necesita ser madre.

En *Los cautiverios de las mujeres*, Marcela Lagarde sostiene que la identidad de todas nosotras se construye en torno al rol de madres y esposas, seamos o no madres y esposas.⁴ Y agrega:

3. Ana María Fernández, *La mujer de la ilusión*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

4. Marcela Lagarde y de los Ríos, *Los cautiverios de las mujeres*, ob. cit., p. 365.

Mujer es la que es madre. Por eso al parir —al “dar a luz”, al “dar la vida”, al “traer hijos al mundo”—, la mujer nace como tal para la sociedad y para el Estado, en particular para la familia y el cónyuge (existente o ausente), y para ella misma. La sociedad y la cultura patriarcales engendran a la mujer a través del parto, por la mediación del otro, del hijo.

Las niñas y las mujeres núbiles son mujeres en proceso, crisálidas o larvas de mujer. Millones de seres humanos incompletos, en espera de completud. Su transformación se logra de manera positiva a través del proceso de desarrollo de la mujer, más la acción externa y todopoderosa del otro; del hombre mediante la concepción (la embarazó, la hizo mujer) y del hijo. Además, como quien confiere la plenitud de la vida genérica a la mujer es un varón, si da a luz una niña, el proceso se ha completado, pero es imperfecto y se inicia la espera del nacimiento del varón, del “hijo”.⁵

Acatamos los mandatos de la feminidad porque hay un entramado sutil de mensajes, discursos, recompensas y castigos. Nos muestran la maternidad como un campo de rosas sin espinas, en el que encontraremos el amor, la felicidad y el sentido. En paralelo, la representación de la vida de las mujeres que no son madres, aparece como una vida vacía de sentido, pura anormalidad, rareza, patología, rotura y mucha soledad.

Y más allá de que las mujeres hayamos salido de nuestras casas, trabajamos muchas de nosotras fuera de nuestros hogares, hayamos estudiado y tengamos expectativas de convertirnos en sujetas y ser más allá del rol materno, de todos modos, el mito se sigue alimentando, entonces si no cumpliste, si no

5. *Ibíd.*, p. 386.

pariste, te vas a sentir inadecuada, fallada, rota, lo mismo que si no sentís todas esas emociones fabulosas que supuestamente trae la maternidad.

La invención del deseo de ser madres

El deseo de ser madres, tal como lo conocemos hoy, es una idea nueva, una novedad histórica. La conversación sobre el deseo materno es reciente, es novedoso pensar en el deseo de ser madres. Es nuevo que nos cuenten el deseo de ser madres como algo natural, esencial y permanente.

Durante toda la historia de la humanidad, y hasta hace muy poco, para la mayoría de las mujeres, parir era la consecuencia de haber nacido con estos cuerpos con vulva y órganos que permiten la gestación. Parir y volver a parir, que gran parte de esa descendencia muriera inmediatamente o al poco tiempo de nacer y que muchas madres murieran durante el parto era lo “normal”. También morían las criaturas en filicidios y las mujeres intentando abortar.

Era lo “natural”, no había métodos anticonceptivos que nos permitieran decidir si queríamos quedar o no embarazadas; era lo que tocaba porque vivíamos bajo la dependencia de los varones. La maternidad era lo que les sucedía a las mujeres por nacer mujeres.

¿Qué pasó? Pasó que empezamos a recorrer el camino interminable de convertirnos en sujetas, en ciudadanas plenas; empezamos a salir de la tutela jurídica y de la dependencia económica de los varones, conseguimos derechos civiles que nos permitieron acceder a la educación y al trabajo para poder vivir sin que el matrimonio sea el destino obligado por motivos de supervivencia.

Pensemos que en Argentina el derecho al voto de las mujeres fue reconocido recién en 1947 y votamos por primera vez en 1951, hace setenta y cinco años, después de larguísimas luchas de las pioneras de nuestro feminismo y el empujón final de Eva Duarte, logramos que la sociedad reconociera que éramos aptas para elegir algo más que el color del lápiz de labio.

Recién en 1968 adquirimos un estatus casi pleno de ciudadanía con la reforma del Código Civil: dejamos de pasar de la tutela del padre a la del marido y adquirimos derecho a tener un empleo, estudiar, tener una cuenta bancaria y administrar nuestros propios bienes.

En ese recorrido por la historia reciente, en la década del sesenta del siglo pasado aparece la píldora anticonceptiva, que vino a materializar la posibilidad de decidir cuándo ser madre y cuánta descendencia tener. Nos brindó una autonomía en la toma de decisiones sobre la vida reproductiva y familiar que hasta ese momento no teníamos, ya que la mayoría de los métodos anticonceptivos eran de dudosa efectividad o dependían de la buena voluntad de las parejas. La píldora permitió decidir sin consultar a los varones y sin exponer a tantas a morir o ser encarceladas por abortos ilegales y clandestinos.

Las primeras en acceder legalmente a la píldora, y las que parecían más interesadas, eran las mujeres casadas con descendencia que, arrasadas y extenuadas por sus maternidades numerosas, no querían seguir sumando criaturas y buscaban con desesperación una forma segura de evitar más embarazos.⁶

6. Mariana Carbajal, “Historia geopolítica de la píldora” (entrevista a Karina Felitti), *Página 12*, 17/05/2010.



Cuando llegó a Argentina, la oposición a su uso tuvo que ver sobre todo con el control poblacional y con aspectos geopolíticos. Había que hacer nacer personas para ocupar el territorio y los cuerpos de las mujeres además de estar al servicio de la familia, dios, el Estado, el ejército y el mercado, estaban para eso. Igual que ahora, pero en esa época se decía abiertamente.

En ese estado de situación, los mecanismos para controlar nuestra función reproductiva, ya no eran el látigo o la pira para quemar por brujas a las que se negaban a ser madres o ayudaban a abortar, y tampoco podían usarse las vías legales. **Se necesitaban nuevas formas.**

¿Cómo lograr que continuáramos cumpliendo con nuestra función, haciendo nuestra parte del trabajo en la sociedad?

¿Cómo convencer a las mujeres de que siguieran pariendo a troche y moche cuando podían elegir no hacerlo?

Hubo que recurrir a métodos más sutiles, más eficientes y complejos; se hizo necesario construir un relato romántico y fascinante en torno a la maternidad, volverla deseable, ubicarla en el lugar de la realización, del amor verdadero y de la felicidad absoluta.

Fue necesario convertir la maternidad, el amor maternal y el instinto materno en un absoluto identitario de las mujeres, en algo que emergía de las profundidades de nuestra naturaleza de hembras, de modo que no ser madres no fuera una opción, porque las mujeres verdaderas, buenas y deseables tenían que ser madres y las que no lo eran perdían el estatus de feminidad y sufrían las consecuencias.

A partir de ahí, la idea del deseo y la conversación sobre él, que hasta ese momento se mantenía en el territorio

psicoanalítico, empieza a ganar cada vez más espacio en la conversación pública, no de forma casual, sino provocada.

Como dice Ana de Miguel en su libro *Neoliberalismo sexual*, estamos ante la plena vigencia del patriarcado de libre elección. Ya no hace falta el sometimiento físico y legal; nos encontramos ante fórmulas hipereficientes para invisibilizar los brazos del sistema de opresión y hacernos creer que elegimos eso a lo que antes nos obligaban por la fuerza.

La lógica del deseo materno es ideal, porque es más eficaz hablar de deseo que de Dios o de la biología: ahora son las mujeres las que voluntariamente y por su cuenta parecen elegir lo que hasta hace poco era un destino obligatorio.

¿Cómo lo hicieron?

Publicidad y maternidad un solo corazón

La construcción del deseo materno está emparentada con la construcción del deseo como motor de consumo, el consumo pasó de estar determinado por la necesidad a estarlo por el deseo.

El psicólogo Julián Pellegrini, entrevistado para este libro, lo explica así:

A partir del final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos impone su modelo de “libertad y democracia” para todo el mundo. Lo cual es igual a libertad de empresa, libertad de mercado, y la imposición de condiciones para la globalización del modelo de sociedad de consumo norteamericano.

Las grandes industrias estadounidenses, florecientes y poderosas al término de la Segunda Guerra Mundial, producían más de lo que se podía consumir, lo que **tornó necesario pasar de**

una sociedad que consumía según sus necesidades a una sociedad que empezara a consumir en base a sus deseos.

Allí la publicidad explotó como nunca antes, no solo por la abundancia de productos fabricados en serie, sino también porque se comprendió que el consumo podía convertirse en la base de la cohesión social y del “sueño americano”.

Se crean así una sociedad basada en el consumo de mercancías y un nuevo sujeto social individualista, atomizado, autoindulgente: el consumidor. Esto ayudó a aplacar la protesta social de los sectores de la población marginados del consumo, del movimiento afroamericano por los derechos civiles, del movimiento de mujeres que se resistían a volver a sus casas después de tener empleos durante la guerra, de quienes estaban en contra de la carrera armamentista, de la guerra fría y de las persecuciones políticas del macartismo, y a mantener la estructura de poder social inalterada.

Para lograr esta transformación masiva de la sociedad, las grandes corporaciones y el gobierno estadounidense recurrieron a las técnicas de propaganda que tanto Estados Unidos como el nazismo habían usado para cohesionar y movilizar a sus naciones a la guerra, pero ahora puestas al servicio de cohesionar y movilizar a la ciudadanía en torno a las mercancías.

En este contexto resulta clave la figura de Edward Bernays, sobrino de Freud considerado el padre de las relaciones públicas modernas, quien trasladó directamente las tácticas de propaganda de guerra al terreno de la publicidad corporativa. Su idea central era que las masas podían ser manipuladas apelando no a la razón sino a los deseos inconscientes, los miedos y las aspiraciones simbólicas. Así, la publicidad vendería además de productos, identidades, valores y estilos de vida a través de las técnicas desarrolladas por los aparatos de propaganda estatal

durante la guerra: la repetición de consignas, el uso de *símbolos potentes cargados de emotividad, la manipulación de la estética de masas, la construcción de un enemigo común*, la apelación directa a emociones básicas como el miedo, el orgullo, la felicidad y la esperanza.

Casi un siglo después, esa herencia sigue presente. La publicidad digital, los influencers y las campañas globales de las grandes corporaciones no hacen más que actualizar –con nuevas tecnologías– la misma lógica: apelar al inconsciente, explotar emociones y crear necesidades para sostener un sistema de consumo que se presenta como inevitable.⁷

Como explica Pellegrini, se construye el deseo como motor fundamental de la existencia individual y social, y cuando la maternidad deja de ser algo obligatorio o inevitable, se utiliza la parafernalia publicitaria para volverla deseable.

Es en ese momento cuando aparece todo el relato rosa en torno de la maternidad, y el deseo materno comienza a desarrollarse como el mejor y más grande de los deseos, como algo que ineludiblemente necesitamos y queremos. El deseo de ser madres empieza a ser narrado como una pulsión del fondo del útero que debemos seguir, un llamado que no podemos desatender, algo hermoso que no podemos no desear.

Ahora que podemos decidir, todo comienza a organizarse para que solo optemos por lo que nos muestran como elegible: la maternidad. Una maternidad rosa, toda belleza,

7. Julián Pellegrini es licenciado en Psicología por la Universidad de Buenos Aires, con formación en Publicidad, Bellas Artes y Comunicación Política. También es divulgador de la teoría crítica acerca del fenómeno publicitario y director del colectivo activista Proyecto Squatters, uno de los principales referentes del movimiento de contrapublicidad en Latinoamérica.

consumo y felicidad que nos garantiza el amor en su máxima expresión y la realización personal.

El relato sobre la maternidad se vuelve algo tan mágico, hermoso y amoroso que vamos a querer sentir lo que creemos que sienten las protagonistas de esas imágenes preciosas que vemos por todas partes, en las que jóvenes y bellas madres, blancas y delgadas, con pieles tersas como la melamina, exhiben sus embarazos en bikini o ropa interior, en paisajes paradisíacos, con algún varón que les toca la panza tiernamente, en las que la violencia, o su amenaza, tan comunes y tan cercanas a la vida de las mujeres, no están incluidas en el cuadro.

Vamos a desear ser parte de ese grupo de mujeres encantadoras abrazadas por infancias de rubias cabelleras que usan ropita a la moda, que pasean en flamantes carritos, que saludan desde la sillita último modelo para vehículos último modelo o corren por el campo, entre trigales y flores; queremos sentir lo que ellas parecen sentir, esa felicidad sin límites.

Miramos series en las que el final feliz de la historia de amor se consuma en el embarazo o en la llegada de la descendencia, que es lo que da sentido al esfuerzo, al trabajo o a la titánica tarea de salvar el mundo.

La felicidad para las mujeres está en la familia, la maternidad, lo doméstico. No hay más que eso. Es lo deseable y lo “normal”.

Es por eso que las mujeres que son visibles, ya sea porque presiden un país o aterrizan cohetes en la luna, necesitan presentarse como madres para ser reconocidas como “normales”. Primero madre, después lo que puedas. Y en el mismo sentido, no importan las credenciales que tengas, lo que hayas logrado, tus ideas y habilidades: nada está a la altura de la maternidad.

Dice Julián Pellegrini:

Esta permanente provocación mediático-publicitaria ejercida directamente sobre las conciencias de las mujeres en este contexto hay que entenderla no como un conjunto de anuncios independientes o aislados (de tal o cual marca de detergente o de yogurt, por ejemplo), que, por sí mismos, pueden causar poca impresión, sino en términos del “impacto acumulado” que causa la repetición permanente de un discurso infinito y monotemático que define los roles y funciones de la mujer en la sociedad, de día y de noche, filtrado en cada espacio vital de nuestras vidas, y más aún, instalado en nuestras conciencias. La fuerza colectiva de la maquinaria mediático-publicitaria lanzada contra las poblaciones presenta las mismas ideas “una y otra vez desde diferentes perspectivas, pero siempre convergiendo sobre el mismo concepto” (Joseph Goebbels).

Como venimos diciendo, el bombardeo de la propaganda sobre la maternidad como lo natural y lo deseable es incesante desde que nacemos.

La publicidad funciona colocando las voces del anuncio en nuestras cabezas en el lugar del deber ser, de modo que si seguimos lo que recomienda la propaganda, deberíamos sentir alivio y euforia, y, si no lo logramos, vamos a sentir culpa e inadecuación. Seguramente todas registramos la angustia, ansiedad, sensación de insatisfacción o insuficiencia cuando nos sentimos lejos de eso que muestran esos modelos de feminidad con los que crecimos. Y también podemos reconocer la sensación de cierto bienestar en la tranquilidad de encajar en lo que se espera de nosotras y se nos demanda.

Explica Julián Pellegrini:

El deseo es una fuerza latente que existe y habita en nuestros cuerpos, que se expresa como una inclinación o anhelo hacia algo que se percibe como necesario, valioso o placentero. Por lo tanto, si bien esa energía del deseo nos habita y existe y existió en todo tiempo y lugar como una característica propia humana, su forma de expresión y la direccionalidad que toma depende, en gran medida, de la influencia del contexto social y cultural. En las sociedades de consumo modernas, las empresas y los Estados –que ostentan este poder de influencia– nos bombardean con imágenes ideales, modelos retratadas como semidiosas, escenarios idílicos y estilos de vida aspiracionales, con enorme potencial de seducción y persuasión, diseñadas científicamente para activar regiones específicas de nuestro cerebro y darle una determinada direccionalidad al deseo utilizando símbolos de éxito, belleza o el uso de la sexualidad de forma explícita o sutil.

Así funciona la publicidad: no vende productos, vende aspiraciones, felicidad, amor, adecuación. Imaginemos el efecto que puede tener la publicidad de algo con lo que te martillan todo el tiempo desde que naciste y que no solo aparece en los avisos, sino que forma parte de toda la lógica social, está expresado en las leyes, en las instituciones sociales, en todos los espacios por los que vas a circular y en la mirada de la enorme mayoría de las personas con las que te cruzás.

Imaginemos cómo nos afecta esa publicidad si casi lo único que vemos a nuestro alrededor desde que empezamos a tener conciencia son mujeres con sus criaturas y si, además, en todos los consumos que tenemos, las mujeres se convierten en madres y a poco de aprender a estar en el planeta nos

adosan un bebé de juguete con mamadera y carrito para que juguemos.

Así como la construcción del deseo en lugar de la necesidad como motor del consumo a través de la propaganda crea un nuevo sujeto y un nuevo orden social, la creación del deseo materno a través de la propaganda de la maternidad rosa es un mecanismo superador para el control del cuerpo de las mujeres.

El cuentito feliz de la maternidad rosa

Llamamos “maternidad rosa” a esa representación de la maternidad, en la que es mostrada como una experiencia que solo tiene aspectos positivos, siempre feliz e idéntica para todas las mujeres sin distinciones, lo mejor que le puede pasar a todas y a cualquiera de nosotras.

En ese relato, se visibiliza lo que es hermoso y se invisibiliza lo que no lo es. Es una representación romantizada, estetizada y fantasiosa de la maternidad.

Decimos “romantizada” porque se idealiza la maternidad mostrando especialmente los aspectos favorables, fuertemente vinculados al amor y a emociones positivas. La hija se presenta como destinataria ideal de ese amor que nos educaron para dar en forma de cuidados y al mismo tiempo como la garantía de que vamos a recibir lo mismo de su parte.

El amor de la madre es relatado como natural, instintivo, abnegado, infinito, y las emociones y experiencias que se asocian a la maternidad son presentadas como las más importantes, trascendentes, mágicas, únicas e incomparables.

Esa representación posee una estética que puede tener pequeñas variantes de locación, pero en general es la de los

perfiles de las celebridades en redes sociales: las criaturas son fuente de felicidad y diversión, encajan en el ideal de belleza, son como pequeñas muñecas que juegan en lugares hermosos, que pueden ser vestidas, sobrecargadas de accesorios de moda y rodeadas de objetos.

Las madres aparecen siempre espléndidas, descansadas y felices, con tiempo para hacer el pan de masa madre y el budín vegano, orgánico y saludable, mientras cumplen con rutinas para tener un cuerpo fit y son profesionalmente exitosas porque en esa representación la maternidad nunca jamás es un obstáculo para nada, al contrario.

Se trata de un relato único sin fisuras en el que todo es simplemente hermoso, divertido, mágico y amoroso, fácil, y los pocos aspectos o experiencias “difíciles” que se muestran son relatados de una manera épica y excepcional con un desenlace siempre favorable. No importa lo que haya que soportar siempre vale la pena, porque no hay nada más maravilloso que ser madre.

Es universal, porque vale para todas, es siempre igual en todos los tiempos, en todos los barrios, en todas las casas, en todas las familias. No hay otras representaciones del mismo valor que muestren formas diferentes u otras posibilidades: todo lo que no se ajuste a ese relato es menos, es malo, es inferior, está degradado o fallado y es sospechoso.

Es una representación sesgada y fantasiosa porque ninguna experiencia humana tiene una sola faceta, nada es solo belleza, felicidad y bienestar, todo tiene matices, variantes, depende de un contexto que condiciona. No es lo mismo tener una hija en un vínculo violento que en uno amoroso; no es lo mismo un parto mientras atravesamos un duelo que en una situación de equilibrio emocional. No es lo mismo el

nacimiento de un bebé que padece una enfermedad que el de uno sano, etc. Sin embargo, en el relato rosa, la maternidad funciona escindida de todos los contextos, condiciones e historias de vida.

Esta forma de representar la maternidad es muy eficiente para la construcción del deseo materno, especialmente teniendo en cuenta que el mundo es hostil para las mujeres, los espacios de felicidad, bienestar y reconocimiento son escasos, y no existen otras representaciones en las que podamos ver mujeres realizándose, encontrando un sentido a sus vidas por fuera de la maternidad.

El relato seduce porque nos muestra como “normalidad” el deseo de ser madres, el embarazo dichoso, sano y pleno sin complicaciones, el puerperio como algo inexistente, las infancias siempre sanas y bellas, y la crianza como algo fácil, feliz y divertido, que se suma a nuestra vida sin inconvenientes y sin implicar ninguna pérdida de posibilidades, mientras continuamos con el resto de sus facetas.

Sus consecuencias

El relato de la maternidad rosa crea unas expectativas imposibles de alcanzar por quienes son madres, garantizando la frustración y el silencio de todas las que no tienen esa experiencia fantástica de la maternidad, porque no tenerla, no estar a la altura de lo que se muestra como normal, nos avergüenza y nos llena de culpa, entonces, ocultamos lo que vivimos y sentimos porque lo interpretamos como consecuencia de nuestras fallas personales, y así vamos alimentando esa representación irreal e inalcanzable con nuestro silencio o mostrando únicamente los aspectos positivos.

La maternidad rosa no influye solo en el deseo de las mujeres; también incide en la expectativa social general, y particularmente en la de nuestras parejas y nuestra descendencia, que esperan que nuestro desempeño, nuestras emociones, nuestras formas encajen en ese ideal. Nuestras parejas van a esperar que podamos solas con todo lo que demanda la maternidad y que nos sacrifiquemos a nosotras mismas en los cuidados con alegría. Nuestra descendencia va a pretender que seamos serviles, que antepongamos siempre sus deseos a los nuestros y que lo hagamos con entusiasmo. Probablemente lo mismo que esperábamos nosotras de nuestras madres.

Como veremos más adelante, este relato es una fuente de maternidades arrepentidas y estafadas, y de múltiples violencias hacia las madres y las infancias.

Maternidad intensiva

En su libro *Las contradicciones culturales de la maternidad*, Sharon Hays caracteriza la maternidad intensiva como una ideología que responsabiliza exclusiva e individualmente a la madre de la crianza y está estructurada en tres principios:

1. Las criaturas son consideradas sagradas, inocentes e inherentemente amorosas y confiadas, y, como tales, deben ser protegidas del mundo exterior “corrupto” a través de los métodos de la maternidad intensiva.
2. La maternidad intensiva es emocionalmente absorbente: las criaturas deben recibir amor maternal continuo e incondicional, que se manifiesta en una atención amorosa permanente. La madre debe educarse para saber y conocer todas las innovaciones en materia de cuidado y crianza,

pero como cada criatura es singular, también debe aprender a identificar las necesidades únicas de su hijo y a adaptar su respuesta a sus necesidades y deseos. Para todo esto debe consultar expertos y profesionales altamente calificados, comprar los juguetes, alimentos y ropa adecuados, pagar por las actividades que ayuden a su pequeño a desarrollar su singularidad y capacitarse. Todas cosas que empobrecerán a la madre, ya que se espera que, además de pagar por todo esto, reduzca su tiempo de trabajo remunerado para estar con la criatura.

3. Que la madre sea la principal responsable de cumplir con todo esto no es un problema porque para esta ideología la maternidad es un impulso instintivo y los padres (varones), como resultado de percibirse y ser percibidos socialmente como incompetentes para los cuidados, solo pueden brindar ayuda adicional, de modo que la madre se vuelve una sierva de las criaturas.

La idea es que si reciben esta crianza, van a contribuir a crear un mundo mejor; por eso, no hay nada más importante para una mujer que cumplir con esto y hacer este gran aporte social. Otra vez, todo es responsabilidad de las madres. Este tipo de modelos de maternidad, por su propia definición, contribuye a nuestra sumisión y al sostenimiento de la desigualdad de género.

Con la crianza intensiva comienza a desarrollarse esta correlación absoluta entre los cuidados de la madre y el futuro éxito de su descendencia en todos los ámbitos de la vida.

Mittzy Arciniega Cáceres denomina “madre individual” a la que es producto de la maternidad intensiva porque está sola: no hay otras personas a su alrededor que la ayuden y colabo-

ren, o que estén a la par de ella.⁸ Están solas, se les atribuyen todas las virtudes para lograr el resultado que deben alcanzar y son las únicas responsables de que eso suceda. Además, se establece una relación causal directa entre la intensidad de la relación madre-hijo y los logros que este obtenga: la madre, especialmente en las clases medias, es la responsable de que su hijo consiga una posición social de éxito.

La maternidad rosa es la forma en la que se representa la maternidad intensiva; quedamos atrapadas en un modelo de maternidad inviable e imposible, pero con tan buena prensa que la culpa que sentimos por no estar a la altura, nos impide ver que lo que está mal es el modelo y su representación y no nosotras y nuestras maternidades.



8. Agrega que este viraje coexiste con la construcción de la figura de la ama de casa y con el auge de la economía productiva que distingue entre el trabajo remunerado y el no remunerado, que a su vez establece una separación no solo física sino también ideológica entre el ámbito privado y el público (Mittzy Arciniega Cáceres, *La construcción de la maternidad en los discursos de los blogs de madres*, Barcelona, Universidad Pompeu Fabra, 2019 [tesis doctoral]).